

Cambiamos de Vía ; cambiamos de Vida

El llamamiento de Edgar Morin

Somos incontables pero dispersos los que cada vez más difícilmente soportamos la hegemonía de la ganancia, del dinero, del cálculo (estadísticas, crecimiento, PBI, encuestas) que ignoran tanto nuestras verdaderas necesidades como nuestras legítimas aspiraciones a una vida, al mismo tiempo autónoma y comunitaria.

Somos incontables pero separados y compartimentados los que deseamos que la trinidad Libertad, Igualdad, Fraternidad sea nuestra norma de vida personal y social y no una máscara que oculte el crecimiento del servilismo, de las desigualdades, de los egoísmos.

En el transcurso de las últimas décadas, con el desencadenamiento de la economía liberal mundializada la ganancia se ha impuesto en perjuicio de las solidaridades y de las convivialidades, las conquistas sociales han sido en parte anuladas, la vida urbana se ha degradado, los productos han perdido sus cualidades (duración de vida útil programada y hasta deformaciones ocultas) muchos alimentos han perdido sus virtudes, sabores y gustos naturales.

Es cierto también que existen numerosos oasis de vida amable, familiar, fraternal, amistosa, solidaria, lúdica que dan testimonio de la resistencia de querer el buen vivir; la civilización del interés y del cálculo, no podrá jamás absorberla, pero esos verdaderos oasis del buen vivir están todavía muy dispersos y se conocen aún muy poco entre sí. Sin embargo existen y se desarrollan y su conjunción esboza el rostro de otra civilización posible.

La conciencia ecológica, nacida de la ciencia del mismo nombre, nos indica no solamente la necesidad de desarrollar fuentes de energía limpia y de eliminar progresivamente las otras inclusive las muy peligrosas fuentes de energía nuclear, sino también de dedicar una parte cada vez más importante de la economía a la salubridad de las ciudades contaminadas, a la salubridad de la agricultura, y por lo tanto, la necesidad de hacer retroceder la agricultura y la crianza de animales industrializados que son cada vez más malsanas en beneficio de una agricultura granjera y de la agroecología.

Un formidable impulso de la economía realizado en ese sentido estimulado por el desarrollo de la economía social y solidaria, permitiría una muy importante reducción del desempleo y también de la precariedad del trabajo.

Una reforma de las condiciones del trabajo sería necesaria mismo en nombre de esta rentabilidad que hoy en día produce mecanización de los comportamientos, mismo robotización, burn out, y una desocupación que disimula en los hechos la rentabilidad prometida. Efectivamente la rentabilidad se puede obtener no por la robotización de los comportamientos sino por el pleno empleo de la personalidad y de la responsabilidad de los asalariados. La reforma de los Estados puede ser lograda no solamente por la reducción o aumento de los efectivos sino por la desburocratización, es decir la comunicación entre los niveles compartimentados con iniciativas de interacción constante entre los niveles de dirección y los de ejecución.

Reformar la manera de consumir será de una importancia primordial. Esta permitirá realizar con lucidez una selección de los productos según sus virtudes reales y no según las virtudes imaginarias inducidas por las publicidades (especialmente en los productos de belleza, de higiene, de seducción y de un buen nivel de vida), esto contribuirá a la regresión de la intoxicación consumista (entre las cuales la intoxicación del automóvil). El gusto, el sabor, la estética guiarían el consumo el cual al desarrollarse, frenaría la agricultura industrializada, el consumo insípido y malsano, en consecuencia el dominio de la ganancia.

El desarrollo de los circuitos cortos, especialmente para la alimentación, guía los mercados, la asociación para el mantenimiento de la agricultura granjera, Internet, favorecerá nuestra salud al mismo tiempo que disminuirá la hegemonía de los grandes

supermercados, de conservas industriales y de productos congelados. Además la uniformización industrial ha creado como reacción una necesidad de productos artesanales, la resistencia a los productos con duración programada (automóviles, refrigeradores, computadoras, teléfonos móviles, medias, calcetines, etc) favorecería un renacimiento de lo artesanal. Paralelamente, el desarrollo de los comercios de vecindad, humanizaría considerablemente nuestras ciudades. Todo esto tendría como consecuencia una regresión de esa formidable fuerza tecno-económica, que hace proliferar lo anónimo, la ausencia de relaciones cordiales con los demás que se da con frecuencia hasta en un mismo inmueble o edificio.

Así los consumidores, es decir el conjunto de ciudadanos ha adquirido un poder que en ausencia de vínculos colectivos les resulta invisible pero que podría una vez esclarecido volverse esclarecedor y determinar una nueva orientación no solamente de la economía (industria, agricultura, distribución) sino también de nuestras vidas que se volverían cada vez más conviviales.

Una nueva civilización tendería a restaurar las solidaridades locales o a instaurar nuevas solidaridades (como la creación de casas de la solidaridad en las pequeñas ciudades y en los barrios de las grandes ciudades) lo que estimularía la convivialidad, necesidad humana de primer orden, que resulta perjudicada por la vida racionalizada, cronometrada, dedicada a la eficacia.

Nosotros podríamos reencontrar de manera renovada las virtudes del buen vivir por la vía de una reforma existencial.

Debemos reconquistar el tiempo a nuestro propio ritmo dejando de obedecer al menos parcialmente a la presión cronométrica. Podríamos alternar períodos de velocidad (con virtudes mareadoras) con períodos de lentitud que tienen las virtudes de la serenidad.

La actual multiplicación de festividades y festivales, nos indica con mucha claridad nuestras aspiraciones a una vida poetizada por la fiesta y por la comunión con las artes, teatro, cine, danza. Las casas de la cultura deberán encontrar una nueva vida.

Nuestras necesidades personales no están ligadas solamente concretamente a nuestra esfera de vida. Por las informaciones de la prensa, radio, televisión, nosotros queremos, a veces inconscientemente participar del mundo. Lo que debería acceder a nuestra conciencia es nuestra pertenencia a la humanidad hoy más que nunca interdependiente.

Nosotros creemos como ya lo decía Montaigne en el siglo XVI, que « todos los humanos son mis compatriotas » y que el humanismo se expresa a través del respeto por cualquier otro ser humano. Nuestras patrias en su singularidad hacen parte de la comunidad humana. Nuestras individualidades en su singularidad hacen parte de la comunidad humana. Los problemas y peligros vitales aportados por la mundialización, unen a todos los seres humanos en una comunidad de destino. Nosotros tenemos que reconocer a nuestra madre tierra (que ha hecho de nosotros hijos de la tierra) nuestra patria terrestre (que integra nuestras diversas patrias) nuestra ciudadanía terrestre (que reconoce nuestra responsabilidad en el destino terrestre). Cada uno de nosotros es un momento, una partícula en una gigantesca e increíble aventura que tiene

origen en el hombre sapiens-demens, nuestro semejante desde la prehistoria y que continuó en el nacimiento, la grandeza, la caída de los imperios y civilizaciones y que es arrastrada en un devenir en el que todo lo que parecía imposible se hizo posible en lo peor como en lo mejor. También un humanismo profundo y regenerado es necesario a nuestra voluntad de rehumanizar y regenerar nuestros países, nuestros continentes, nuestro planeta.

La mundialización con sus oportunidades y sobre todo con sus peligros ha creado una comunidad de destino para todos los humanos. Todos debemos enfrentar la degradación.

ecológica, la multiplicación de las armas de destrucción masiva, la hegemonía de la finanza sobre nuestros Estados y nuestro destino, el aumento de los fanatismos ciegos.

Paradójicamente es el momento en el cual se debería tomar conciencia solidariamente de la comunidad de destino de todos los seres de la tierra que bajo los efectos de la crisis planetaria y de las angustias que origina, en todas partes se refugia en los particularismos étnicos, nacionales, religiosos.

Hacemos un llamado a cada uno a la toma de conciencia necesaria y aspiramos a su generalización para que sean tratados los grandes problemas que existen a la escala del planeta.

Que todos aquellos que se reconocen en este texto le aporten su aprobación.